

Sin asociarnos á las pasiones de entusiasmo ó de odio que acogieron á la Compañía de Jesús, y que se agitaron en torno de ella desde su cuna hasta su edad madura llenándola de imprecaciones ó de himnos de alabanza, vamos á terminar con la verdad la obra que emprendimos con un profundo sentimiento de justicia. Hemos estudiado esa Compañía famosa, y, en lo que una institucion humana puede compararse á una institucion divina, ha sido en el curso de su historia una imagen brillante de la Iglesia. Como esta, la Compañía de Jesús tiene sus apóstoles, sus mártires, sus doctores; como ella fue, es y será militante; como ella ha tenido sus periodos de humillacion y de gloria: mas para que esta Corporacion, á la cual no prometió el Señor que no prevalecerian jamás contra ella las puertas del infierno, no pudiese glorificarse de permanecer estable é invencible en medio de las tempestades, se la vió un dia sucumbir bajo los golpes de sus enemigos. Ella se ha levantado de nuevo, porque los Pontífices saben que pueden dirigir siempre á los Jesuitas las palabras que Cristo hacia oír á sus discípulos: «Seréis felices cuando os maldecirán y os perseguirán, y cuando por causa de mí, dirán falsamente toda suerte de mal contra vosotros; seréis felices cuando los hombres os aborrecerán, os apartarán de sí y os cubrirán de oprobio, cuando rechazarán vuestro nombre como malo á causa del Hijo de Dios. Regocijaos entonces y alegraos, porque os espera en el cielo una gran recompensa, porque sus padres trataron del mismo modo á los Profetas.»

Los hijos de Loyola no se vieron, pues, libres del ultraje y de la calumnia. La guerra anunciada á los Apóstoles no les asustó; ellos y la Iglesia la esperaban. Ellos combatieron en todas las épocas y condiciones; y hemos referido ya ese combate de tres siglos entre el vicio y la virtud, entre la mentira y la verdad. Un serio exámen de los hechos debe bastar para dar á conocer á cualquiera el mérito ó la imperfeccion de semejante Instituto; pero fuera de la historia falta apreciarlo moralmente. Para juzgar á un hombre ó á una sociedad religiosa es preciso conocer sus amigos y sus enemigos, sus admiradores ó detractores. Veamos, pues, cuáles fueron los santos, los papas, los reyes, los obispos, los héroes, los grandes magistrados, los escritores célebres que han atacado ó defendido la Orden de Jesús.

En los tres últimos siglos la Iglesia ha contado entre sus elegi-

dos piadosos y sabios personajes, sacerdotes cuyo solo nombre es un título de gloria. Pues bien, todos, sin excepcion, fueron durante su vida los apologistas, ó los protectores del Instituto: San Carlos Borromeo y santo Tomás de Villanueva, san Cayetano y san Juan de Dios, san Pio V, san Luis Beltran, san Felipe Neri y san Camilo de Lelis, santa Teresa y santa Magdalena de Pazzis, san Francisco de Sales¹ y san Vicente de Paul², san Andrés Avellino y san Alfonso de Liguori.

Delante de estos hombres, que llevan consigo mismos sus pruebas de ciencia y de piedad, es imposible citar un hombre que haya sido expuesto á la veneracion de los demás y que venga á declarar contra los Jesuitas. Todos los Santos desde el origen de la Compañía han marchado con ella y combatido por ella, y ni uno solo le ha sido hostil, y ni siquiera indiferente.

Treinta y cuatro Papas se han sentado en la Cátedra apostólica desde Paulo III hasta Gregorio XVI, y entre tantos Pontífices, tan poderosos por sus virtudes y por su saber, con dificultad se encuentran tres que hayan estado en desacuerdo con los Jesuitas en algunos puntos de su Instituto. Cítanse tan solo Paulo IV, Sixto V é Inocencio XI, y aun su oposicion procedia mas bien de ideas particulares, que del conjunto de las Constituciones. Fuera de esos tres jefes de la Iglesia, que quisieron modificar al Instituto, aunque sin dejar por esto de apreciar á los Padres, procurando realzar el valor de los unos, el saber de los otros, y el celo de todos; solo hubo Clemente XIV, á quien las circunstancias obligaron á serles hostil. Los otros treinta soberanos Pontífices tuvieron á honor servirse del escudo que Ignacio de Loyola supo legar al catolicismo.

Los Papas habian adoptado la Compañía de Jesús, la hacian marchar á la vanguardia, la echaban en todas las controversias teológicas, y hacian correr su sangre en todas las playas del Nuevo Mundo. Los reyes no se quedaron rezagados en el movimien-

¹ Marsollier, en el tomo II de la *Vida* de este Santo, refiere que el piadoso Prelado decía: «Los Jesuitas son el muro mas fuerte que oponerse puede á los herejes.»

² San Vicente de Paul, dirigiéndose á los Lazaristas, les encargaba que se considerasen como siervos encargados de mendigar para san Ignacio y sus compañeros, ó como pobres que recogian las espigas que dejaban los segadores. (*Vida de san Vicente de Paul*, por Abelly).

to dado por Roma. En vez de una Isabel y Jacobo de Inglaterra, en vez de un José de Portugal y Carlos III de España, se ve elevarse en su favor á Carlos V y Felipe II, á los emperadores de Alemania desde Rodolfo hasta María Teresa, Enrique IV y Esteban Bathori, Luis XIV y Sobieski, Juan III y V de Portugal, Federico II de Prusia y Catalina de Rusia. Todos los príncipes del Norte ó del Mediodía siguen el ejemplo que dan estos monarcas, grandes en los combates, pero mas todavía en los consejos.

Lo mismo puede decirse de los cardenales: Borbon y Lorena, Truschez y Polo, Baronio y Allen, Gonzaga y Savelli, Madrucci y Commendon, Moroni y Espinosa, Tournon y Gondi, Grosbech y Guzman, Sandóval y Spínola, de Armagnac y Spada, Farnese y Ludovici, Ubaldini y Richelieu, Tournon y Delfini, Barberini y des Ursins, de Ossat y du Perron, del Monte y du Bellay, Furstemberg y La Tremouille, Janson y Fleury, La Roche-Aimon y de la Cueva, de Estrées y de Mailly. ¿No forman en la balanza de la Iglesia un poderoso contrapeso á algunos miembros del sacro Colegio, que como los cardenales Odet, de Chatillon, de Retz, de Noailles, Passionei y Saldanha pusieron al servicio de los adversarios de la Compañía su apostasía, sus pasiones turbulentas, ó su virtud jansenista?

Por una parte tienen por implacables adversarios los generales del protestantismo: Gustavo Adolfo y Betlem-Gabor, los Nassau y los Sajonia-Weymar, Cristian de Brunswick y Mansfeld; por otra todos los maestros en el arte de la guerra, todos los héroes del catolicismo y de las monarquías: D. Juan de Austria, Ana de Montmorency, Farnese, Bugnoi, Colloredo, Spínola, Gonzaga, Lannoy, Walstein, Piccolomini, Tilly, Tourville, Rantzaw, Condé, Turena, Villars, Bellefonds, Berwick, el príncipe Eugenio, Broglie y de Estrées les acogen en sus tiendas, y tanto en los honestos placeres de la paz como en el seno de la victoria, les nombran directores de su conciencia, y les hacen muchas veces árbitros de sus negociaciones.

Lo mismo que al frente de los ejércitos, los Jesuitas no encuentran sino amigos en todas las sedes episcopales. Si de vez en cuando tienen por antagonistas á Eustaquio de Bellay, obispo de Paris; Melchor Cano, Trevisan, patriarca de Venecia; Enrique de Sourdis, arzobispo de Burdeos; Juan de Palafox, Cárdenas, de Boonen, arzobispo de Malinas; Jansenio, y algunos prelados adictos

á sus doctrinas; pueden citar en su favor los nombres mas ilustres de la cristiandad. Bandini, arzobispo de Siena; Guerrero, de Granada; Loaysa, primer arzobispo del Perú; Cornewicz, primado de Polonia; Hovius, arzobispo de Malinas; La Buchere, de Narbona; de Marca, de Tolosa; Perefice, de Paris; Abelly, Bossuet, Fenelon, Brancas, Massillon, Huet, Villeroy, Saint-Albin, Cristóbal de Beaumont, La Motte de Orleans, y Vintimille, aceptan en nombre de las iglesias de Francia, España, Germania y Polonia una responsabilidad que sus sucesores no han rechazado. Citamos todos los adversarios que han tenido los Jesuitas en el episcopado: imposible nos seria enumerar sus protectores ó amigos.

En cada Orden religiosa donde las rivalidades de corporacion han debido producir antagonistas á la Compañía de Jesús, así entre los Dominicos como entre los Benedictinos; entre los Cartujos y los Franciscanos, entre los Conventuales y Agustinos; los Carmelitas y Trinitarios; los PP. de la Merced y los Teatinos; los Basilios y Barnabitas, se encuentra siempre el elogio de la Compañía de Jesús en los labios mas elocuentes y puros, se ve manifestarse siempre el mas cordial afecto en los capítulos generales ó en las obras de los eruditos. Juan de Ávila y Luis de Granada, Olier y Lasalle, Bernardo el pobre sacerdote y Grignon de Montfort, Eudes y Boudon, Diego de Andrada y Le Nobletz, Auberto Mirée y Bourdoise, siguen las huellas de aquellos religiosos que como Alfonso de San Victor, Josafat, Bruno, Diego Niseno, Gerónimo García, Foscarari, Domingo de los Mártires, San-Gallo, Luis Miranda, Pedro de Valderrama, Alfonso Remond, Paravissino, Luis de Leon, y Antonio Diana, glorificaron á los Jesuitas con su aprecio ó sus escritos.

Al propio tiempo los discípulos de san Ignacio eran el blanco de las hostilidades nacidas del claustro. Fra Paolo, fra Fulgencio, Artiaga, Quesnel, Gerberon, Desmarets, Petit-Pied, el capuchino Norberto, el abate Coudrette y el abate Tailhé, perseguian á la Compañía con toda clase de armas; pero no eran ellos solos á quienes se dirigian sus golpes. Asestábanlos hasta á la Cátedra apostólica, y á fin de derribar la Santa Sede calumniaban á sus mas vigorosos atletas. Manifiéstase el mismo espíritu é iguales tendencias en el seno de los Parlamentos y entre los hombres de Estado. Si Marion y Servin, Aquiles de Harlay y Augusto de Thou, el abate Pucelle y Chauvelin, Pombal y Aranda, Choi-

seul y Floridablanca, Campomanes y Tannucci rechazan con violencia ó hieren de muerte á la Compañía de Jesús, no es ciertamente ni para hacer que triunfe la Religión, ni para asegurar los tronos. Tienen que popularizar otras ideas, y si no vienen después de Cristóbal de Thou, Seguier, Chiverny, de Aligre, Lamoignon, de Gesvres, Radzivil, Novion, de Avaux, Mateo Molé, de Harlay, de Argenson, Colbert, Boucherat, Bellievre, Lestonac, Paultet, Juan de Vega, Cellot, Villeroy, Croissy y García de Loaysa á proteger al Instituto desde sus sillas de cancilleres ó de magistrados, ó desde los consejos de los príncipes, no deben olvidarse los motivos históricos de esa repulsion.

Estos motivos no serán un secreto para nadie, cuando cada cual invocando la verdad pondrá en paralelo los escritores y los oradores que durante los tres últimos siglos se pronunciaron en favor ó en contra de los Jesuitas. A un lado aparecen Calvino, Beza, Osiandro, Kemnitz y la escuela protestante, en cuyo auxilio vienen con sus sarcasmos Esteban Pasquier, Arnauld, San-Cyran, Nicole, Pascal, Sacy, Racine, Barbier de Ancourt, Lenoir, Mongeron, Laborde, Voltaire, de Alembert, Ducloux, y todos los filósofos del siglo XVIII. Al otro descuellan en toda la majestad de su genio, en el brillo de su fe ó en la franqueza de su indiferencia, Versoris y Patru, Fabri y Muret, Racan y Malherbe, el Tasso y Corneille, Sponde y Cornet, Flechier y Bossuet, Massillon y Fenelon, Justo Lipsio y Grocio, Leibnitz y Bacon, Descartes y Montesquieu, Maffei y Buffon, Farinacci y Bausset, Klopstock y Schöell, Juan de Muller y Lalande, Remusat y Muratori, Ulloa y de Roze, Maistre y Bonald, O'Connell y Chateaubriand.

En presencia de estos nombres de una grande importancia religiosa ó política, y en vista de aquellas comparaciones puede uno formarse una idea exacta de la Compañía de Jesús. Cuando se examinan sus partidarios ó adversarios, cuando se estudian las vidas de unos y otros, no es siquiera posible la duda. Los Jesuitas han sido el muro del cristianismo; murieron por la Iglesia después de una lucha de doscientos treinta años; sucumbieron bajo los esfuerzos de una coalicion inmensa, que enarboló por bandera la incredulidad, y que tomó á la justicia humana por peana, y por cómplices á los reyes. Encontróse entonces un Papa que se dejó violentar con la esperanza de apaciguar los odios, y sacrificó la Orden de Jesús.

Este sacrificio arrancado á la Santa Sede era un irrecusable testimonio de debilidad, y solo sirvió para hacer mas atrevidos á los que debian deponer toda idea de destruccion sobre la tumba de los Jesuitas. Los Padres eran los capiteles de las columnas de la Iglesia, los promotores de la educacion, los apóstoles de los gentiles. Ellos llevaban la luz á los pueblos sentados en las tinieblas de la muerte; despertaban la fe en los corazones, apaciguaban las tempestades del alma, y calmaban la efervescencia de las pasiones. Procuróse y se alcanzó su ruina, mas esta ruina tan ardientemente deseada fue la señal de los desórdenes de la inteligencia. Ella engendró crímenes y locuras de tantas especies que Pio VI y VII, los dos soberanos Pontífices destinados á sufrir sus consecuencias, no quisieron dejar á sus sucesores el privilegio de restablecer aquel Instituto, muerto por enemistades calculadas. Procuraron la resurreccion de los Jesuitas en vista de las calamidades de que era víctima el catolicismo; y Pio VII, apenas estuvo de vuelta en la capital del mundo cristiano, les abrió el palenque de las persecuciones y del martirio. Al mismo instante todos vieron levantarse de nuevo á su derredor los mismos enemigos y defensores.

La lucha que la revolucion naciente habia comenzado por sus hombres de genio, la continúa al presente por sus abortos. Los Jesuitas se ven proscritos de la Francia liberal y constitucional, al propio tiempo que los Estados-Unidos, la Suiza democrática, las Provincias inglesas y las repúblicas del Nuevo Mundo los llaman para hacer revivir el espíritu cristiano. Esos odios sin motivos aparentes, este fanatismo disfrazándose apenas con el velo de una sarcástica hipocresía, esas apoteosis razonadas, encierran algo de tan profundamente instructivo, que no desesperamos tener suficiente valor para referirlos algun dia; porque este será el triunfo mas bello tributado á los Jesuitas, y el único de que no habrán sabido aprovecharse.

FIN DE LA HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.

Barcelona 4 de enero de 1853.
Imprimase. — DR. EZENARRO, *Vicario General.*